

# Juan Rulfo

## Dos textos

Como señalara José Emilio Pacheco hace unos años, "la extrema parquedad de Rulfo hace de cada línea suya un tesoro digno de conservarse". Es por esta razón que aquí reproducimos, con permiso del autor, dos textos poco conocidos: el primero, dedicado a recordar a María Lombardo de Caso en el primer aniversario de su muerte, apareció en *La Cultura en México, suplemento de Siempre!*, No 178, el 14 de julio de 1965, p.III, y el segundo es la presentación de las pinturas de Elisabeth Strebel, que estuvieron expuestas en la Sala de Exposiciones de la Escuela Nacional de Artes Plásticas (Academia No 22, México 1 D.F.) entre el 10 de septiembre y el 10 de octubre de 1965. Debemos la reproducción de estos dos textos al acucioso interés del P. Juan Manuel Galaviz por la obra rulfiana.

### I. MARIA LOMBARDO DE CASO

Teziutlán, el lugar donde nació María Lombardo de Caso, parece estar "fuera del tiempo, más allá de la conciencia de las cosas", tal como ella lo describe en *Una luz en la otra orilla*.

Al menos esto sucede durante el invierno y la temporada de lluvias, que allí es casi permanente. Cuando las nubes, que vienen en oleadas del mar, se espesan en la hondonada de Chignaulingo, cubriendo en silencio veredas y pueblos, cosas y conciencias; apagando las voces, las risas, así como el bullicio, al igual que lo hace la pesada oscuridad de la noche.

La niebla entra por las puertas abiertas: opaca las miradas y humedece con su aliento un mundo antes vivo y brillante. Es entonces cuando la gente busca refugio en los acontecimientos, contando y recontando cosas de aquí y de allá tal vez acaecidas en Teteles, en Altotonga o en Tlatlauqui, al fin y al cabo las imágenes como la niebla no tienen límite ni distancia.

Los personajes de *Muñecos de niebla* en esa atmósfera en la cual la gente se congrega para espantar, salpicando de comentarios risueños y a veces satíricos, las figuras fantasmales que deja traslucir la niebla.

A pesar de que muchas otras experiencias en diversas latitudes la llevan por la vida, María Lombardo de Caso no logra olvidarse de Teziutlán y sus alrededores. Tal vez sea el zumo húmedo de la tierra; la yerbabuena silves-

tre; el musgo que se escurre por las casas ya desamparadas o los ciruelos injertados con sangre. Ella retorna por aquellos rumbos y recobra cabal medida de su memoria en *Una luz en la otra orilla*.

Pero ahora, ya se ha descorrido la niebla, empujada por el viento cálido que sube de Tlapacoyan provocando reventones de luz en Jalancingo, en Xiutetelco y a la altura de Atzalan.

En esta novela, si no hay niebla desgarrada que produzca muñecos fantasmagóricos sí abunda la amargura y el desgarramiento humano. Sus personajes están encuadrados en un medio hostil, donde el desamor, la frustración y la injusticia, son la médula que los hace girar alrededor de la vida hasta agotarse.

La tierra, esa cosa que rezuma yerbabuena por todos sus poros, todo el paisaje que lo rodea, no participan en estos problemas puramente humanos. No porque la autora se olvidara de hacerlo, sino tal vez, y decimos tal vez, porque el contenido que ella da a sus caracteres, no lo merece. Se trata en último término de la "rebeldía de la aldea" de que nos habla Sherwood Anderson. Rebeldía propiciada por la estrecha mentalidad de sus habitantes, la monotonía de su existencia mojigata, casi vegetativa; cuya codicia malsana enerva y produce repulsión, sobre todo a un espíritu que conoce cuál es el amplio sentido de la vida. María Lombardo de Caso logra proyectar esta situación de protesta, planteándola con crudeza y realidad.

Si *Una luz en la otra orilla*, refleja la pesadilla abrumadora de unos personajes constreñidos eternamente a transitar dentro de sus propios problemas, *La culebra tapó el río*, última de sus novelas publicadas, narra sencillamente, como si naciera de la ensonación, un trozo de vida en la existencia de Juan Gómez Nich, el niño de Malvina Nich, quienes habitan, junto con otros oscuros pobladores, un remoto paraje de la sierra de Chiapas.

Juan Gómez Nich tiene, como único consejero y amigo, a un perro manco —precarios elementos, diría Agustín Yáñez, para componer un relato alucinante, este niño indígena y su perro—. Los dos, niño y perro, rasmean dentro de las cuevas del paraje las huellas de las ofrendas, entre las cuales pudiera haber quedado un resto de comida.

La historia pues, es una historia del hombre. Comienza en este caso cuando Juan Gómez Nich, al dar vuelta a un tronco de madera podrida, encuentra cinco caracoles. . .

"Los caracoles empezaron a caminar uno tras otro; los cuernos al aire, los ojos vigilantes en la punta de los movedizos tentáculos". Con esta frase se adivina que es la mirada vigilante de la autora y su ternura hacia las criaturas humanas la que nos va a contar la tristeza de un pueblo desolado.

Y así Juan Gómez Nich, después de apartar al perro de un manotazo, engulle vivos a los caracoles, golpeándose el pecho con los puños cerrados, cerrando los ojos para no sentir la náusea y el asco que le producen aquellos animales viscosos al caer a su estómago, hasta ahora sólo lleno de hambre.

Más tarde Juan Gómez Nich y su perro, que había intentado participar

inútilmente de aquel extraño alimento, se abrazan y reconfortan mutuamente. María Lombardo de Caso lo cuenta de este modo: "Abrazados estrechamente descansaron entre el zacate alto. De pronto el viento se soltó entonando la cantinela del atardecer y el zacatal lo acompañó en su canto. Pero el sol se entristeció. . . No llovería. Ni agua en el cielo ni agua en el río. Por culpa de una culebra muy gorda que se mete en el sumidero de la montaña y ataja con su enorme cuerpo la corriente. . .".

Esta pequeña novela no tiene límites, y al parecer comenzó hace muchos siglos. En sus ochenta páginas que recogen el tránsito de un niño con un perro, se reviven mitos, embrujos, creencias legendarias que aún subsisten y que no dejarán de ser parte del hombre mientras el relámpago de un rayo final no termine con su existencia.

Poesía y realidad se mezclan en esta última obra de María Lombardo de Caso, elementos que confirman la presencia de un espíritu iluminado, ahora ya irrecuperable.

## 2. ELISABETH STREBEL

Elisabeth Strebél es una niña seria que juega irónicamente con los seres y con la vida. Así, convierte a los tigres en pájaros o transforma el otoño rojo y la primavera azul de Lucerna, la tierra de su infancia, en sonrisa burlona, donde los seres humanos son, a lo más, la contrafigura del hombre.

Atrapado en el color, todo cuanto existe es hermoso, ríe en luces, se desmadeja en tonos mágicos; porque para Elisabeth Strebél nadie hace daño a nadie, nada es feroz, y porque sólo mirando al mundo con ojos infantiles, su desolación y su desventura será menos implacable.

Juan Rulfo  
México, 1965